

el fracaso lo mira de reojo, y la traición lo denigra, sonrío Ud. y dice:

«Ante las crueles garras de la suerte jamás he retrocedido ni llorado; tras de los golpes del destino mi faz está sangrienta, pero erguida».

Entonces, regocíjese, amigo mío, Ud. pertenece a los elegidos. Ud. ocupa un asiento en la verdadera Casa de los Lores de la humanidad.

VI.—La persona Superior es limpia: Puede estar sucia, pero no le gusta el desaseo. Puede verse obligado a ensuciar sus manos en la mina y a manchar sus trajes en la máquina, pero aprovecha la primera oportunidad para limpiarse.

Ama la limpieza del espíritu tanto como la del cuerpo; la mugre no se le pega. No recuerda las calumnias. Evita la mentira, el engaño y la blasfemia, lo mismo que la nariz sana evita la putrefacción. Limpia su espíritu de la mezquindad, del orgullo, de la doblez y de la crueldad, lo mismo que se lava uno las manos después de manejar la basura.

Sus pensamientos son puros y optimistas. Sus pasiones mesuradas y honestas. Sus palabras edifican y su compañía refresca como las aguas de tranquila fuente.

No solamente es limpio, sino que hace que uno se sienta limpio en su compañía.

VII.—El verdadero aristócrata no gusta de la ostentación: No desea que nadie lo crea más inteligente, mejor o más capaz de lo que realmente es.

¿Le gusta a Ud. hacer una buena impresión, ser adulado, tener gente que le diga que es Ud. más ingenioso y hábil de lo que en realidad es? Si así es, hay muchas personas de su mismo gusto, pues ese es el gusto de la multitud que camina por la senda amplia. Yo no digo que sea Ud. malo, pero, es Ud. vulgar.

El hombre Superior no desea tal cosa. Le apena el ser elogiado en demasía. La adulación no lo complace, lo humilla.

Él oculta instintivamente sus virtudes, lo mismo que su desnudez. Si se le descubre en oración, se sonroja. La elección a un alto puesto, la recibe serenamente. La adquisición de riquezas viene siempre acompañada para él de la sensación de responsabilidad. Si alcanza fama como artista, como soldado, como ingeniero, como escritor, le es difícil creer que no se deba en gran parte a la suerte. Rehuye el elogio, y resiste la crítica.

VIII.—El hombre Superior es benévolo: La benevolencia no es el atributo de la debilidad, sino de la fuerza. Es el nene quien grita; es la conciencia de la debilidad la que amenaza; es el

hombre de vocabulario defectuoso el que blasfema. Siempre, y en todas partes, la rudeza, la brutalidad, el tono dominante, el abuso, la violencia y la austeridad, son la máscara de cierta impotencia.

Todo ruido es desperdicio. El sol silencioso es más fuerte que el torbellino. Los ruidosos telares son tan débiles que la devanadera puede pararse con el dedo; pero en el sótano de la fábrica, la enorme máquina, que mueve su brazo quedamente como un gato, aplastaría como cáscara de huevo a quien se atreviera a estorbarla.

Es muy significativo el siguiente pasaje de la Biblia en que Dios Omnipotente se revela a Elías en la cueva de la montaña. Dice así:

«Y he aquí que un grande y fuerte viento desgarró las montañas e hizo pedazos las rocas ante el Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Y después del viento, el terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Y después del terremoto, un incendio; pero el Señor no estaba en el incendio; y después del incendio, una débil voz.»

La verdadera dama habla en voz baja. El verdadero caballero nunca fanfarronea.

El rasgo característico más saliente, tal vez, de los Superiores, es su sosiego, su ecuanimidad. Tienen todos cierto aire de estrellas.

IX.—Los Superiores son humildes: Mucho puede decirse en elogio del orgullo. No niego que tiene sus usos. Pero sí diré aquí una cosa acerca de él: es vulgar. El noventa y nueve por ciento lo tienen.

El Kaiser baladrón lo tenía, lo mismo que la mayoría de los potentados. El idiota del hospicio lo tiene. El ignorante y el patán lo tienen. Todo hombre que se embriaga lo tiene en grado enorme.

Entre menos motivo haya para enorgullecerse, más orgullo se tiene. Generalmente, no son aquellos que realizan grandes obras los que se llenan de orgullo, sino los seres mezquinos que, por accidente, reciben alguna de las recompensas.

En un pequeño cementerio de Ecclefechan yace la tumba de Thomas Carlyle, un gran hombre de letras, y sobre la lápida está inscrita esta sola palabra, «Humilitate.» Bajo esta noble protesta de humildad yacen los restos mortales de una de las más grandes almas de la tierra.

La humildad es dócil, y aprende de todo el que pasa. El orgullo no aprende nada; su propia imagen se lo impide. El orgullo es un mendigo que pide su limosna de elogio a la puerta de todo hombre. La humildad es de

estirpe real, camina libre de temor y de favores.

Así, pues, si tiene Ud. verdadera puerilidad de corazón, cuenta Ud. por lo menos, con algunos de los elementos de la Superioridad.

X.—La compañía del hombre Superior nunca cansa, sea cual fuere el grado de intimidad. Cuente Ud. sus amigos y conocidos. ¿Cuál es la proporción de los que pueden pasar con éxito por la prueba de la intimidad? ¿Con cuántos de ellos desearía Ud. pasar treinta días consecutivos en una vacación de verano? ¿Con cuántos de ellos desearía Ud. hacer un viaje a Europa?

Ud. se cansa de la mayor parte de la gente. A medida que aumenta su intimidad, la mezquindad de sus amigos aparece. Pero hay unos cuantos, posiblemente pueden contarse con los dedos de la mano—de quienes su opinión es cada vez mejor, a medida que estrecha sus relaciones con ellos. Estos son los Superiores, o al menos, tienen uno de los rasgos característicos de la superioridad.

Lo mismo sucede con las obras maestras. Un maestro difiere de los artistas comunes en que sus obras son cada vez más apreciadas. Puede oírse la Novena Sinfonía de Beethoven mil veces, y en la milésima vez gusta más que en las anteriores. Pero de las piezas de música vulgar, como «Good Morning, Mr. Zip Zip Zip», se cansa uno a la media docena de veces. La pintura llamativa de un programa de teatro se ve una o dos veces, y basta, mientras que a diario pueden encontrarse nuevas bellezas en las pinturas de Abbey en la Biblioteca de Boston. El Partenón o la Catedral de Colonia adquieren más fascinación con el transcurso de los siglos, mientras que la casa churrigueresca del rico advenedizo en la Quinta Avenida degenera rápidamente, hasta llegar a ofender la vista.

El elemento central de la Superioridad, sea en el hombre o en sus obras, es la calidad de duración.

¿Dura Ud. en agradable compañía? ¿Se le soporta?

FRANK CRANE.

(El Norte Americano, New York, Setiembre de 1919.)

EN LA ADMINISTRACION DEL "REPERTORIO"

hallará usted nuevos tomos de las preciosas ediciones de la Casa Calleja: *El Cortesano*, de Castiglione, según la famosa traducción de Boscán; *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, obra maestra, antes no editada en forma popular.